

EL LIBRO¹

por MARINO PIZARRO PIZARRO

Es para mí un privilegio y un agradable deber participar en este acto en que se presentan los últimos títulos de la colección "Textos Universitarios" de la Vicerrectoría de Asuntos Académicos y Estudiantiles de la Universidad de Chile y la Editorial Universitaria, precisamente en los días aniversarios de nuestra Casa de Bello y en los momentos en que la Gran Ciudad abre sus puertas culturales a la Feria de los Libros.

Recuerdo hoy los pensamientos del viejo libro "*El hombre y la vida*", escrito por el biólogo Jean Rostand, y con él quiero iniciar la charla esta mañana.

"De todo lo que el hombre ha aprendido, soportado y sentido a lo largo de los siglos, nada se ha depositado en su organismo, nada ha pasado a formar parte de su bestia. Nada del pasado humano ha impregnado su médula. Todo lo que él se ha adjudicado ha permanecido externo y superficial. No se ha espiritualizado orgánicamente al través de las edades. La humanidad, eterna novicia, no madura en su carne. Cada generación tiene que rehacer todo el aprendizaje. Y si, mañana, la civilización entera fuera destruida, el hombre tendría que recomenzar todo, volvería a partir del mismo punto del que ha partido hace unos cien mil o doscientos mil años. Toda su obra, toda su labor, todos sus sufrimientos pasados de nada le servirían, ningún adelanto le conferirían".

"Aquí descansa la gran diferencia entre las civilizaciones humanas y las civilizaciones animales. Jóvenes hormigas aisladas del hormiguero rehacen de golpe un hormiguero perfecto. Pero jóvenes humanos separados de la humanidad no podrían emprender la edificación de la

¹Discurso pronunciado con ocasión del lanzamiento de la segunda época de la Colección "Textos Universitarios", en la Sala Domeyko de la Universidad de Chile el día 22 de noviembre de 1996.

ciudad humana sino en sus bases. La civilización hormiga está inscrita en los reflejos del insecto, los cuales provienen de sus cromosomas. La civilización del hombre no reside en el hombre, se encuentra en las bibliotecas, en los museos y en los códigos”.

La civilización del hombre se encuentra en las bibliotecas, en los museos, en los códigos, reside en el libro.

Y la feria de los libros comienza ahora en esta Sala, morada de Rectores ilustres, que nos recuerdan, entre otros, al gran Ignacio Domeyko. Quizá ningún sitio más a propósito que éste para que renazca aquí el asombro del libro. No está cerrado herméticamente, como tabernáculo sagrado, el verdadero placer ni la esperada sorpresa; lo imprevisto ni la certera fruición. Los textos universitarios descubren, otra vez, en este acto simbólico y real, la imperiosa e ineludible misión que entraña la responsabilidad de maestros y estudiantes en el hacer de sus oficios. En estos libros se hallarán la erudición especial de sus autores y el espíritu inconfundible de sus saberes.

Y allá, en la otra ciudad de la cultura, empezó ayer en el tráfico de lo cotidiano, el reinicio de otro itinerario para inquirir, husmear, hojear páginas, desplegar estampas coloridas, descubrir libros naciendo diversamente impresos. Recinto aquél para los que van y los que vienen, para deambular sin prisa ante el regocijo del encuentro con el libro abierto de la razón y el intelecto.

Pero estamos aquí, en esta Casa, en pleno cultivo del espíritu en presencia de una de las depuradas creaciones del hombre: el libro. Él necesita para cultivarnos, comprensión y silencio. Podemos aproximarlo en la soledad de la entrega intransferible o en la experiencia única del individuo en compañía.

Pero hay, sin duda, el elemento previo a ello; el creador que lleva a traducir en verbo el cultivo que ha hecho de sí mismo. Y hay, sin duda, el elemento inmediato e imprescindible para que la creación del autor nos sea entregada: el lector.

Sin embargo, ver y leer el libro es más que una experiencia plena, porque traducir el conocimiento, la ciencia, el arte, la intención, el sentir del autor es una maravillosa tarea de creación personal del espíritu y los saberes.

Cada autor es un traductor de su obra, que nos cultiva, labrando nuestra inteligencia para hacerla remover después en la intangible semilla de cultura que nos comunica. Solos, voluntariamente solos, es cuando percibimos la relación profunda y misteriosa de las cosas del

mundo; solos, en la meditación cautiva y tácita, es cuando llega a nuestra mismidad toda la fuerza y la belleza de las ideas y los valores del pensamiento; solos, en el diálogo de la razón y del asombro es cuando vemos en su significación imponderable y nueva, un árbol, una montaña, un río, un crepúsculo, un amanecer; solos, en la orfandad de lo pensable, es cuando nosotros, irreverentes incultos o insumisos, nos colocamos en la grande y perdurable corriente de las ciencias, las letras, el arte, la filosofía y somos capaces de alzar nuestro silencio hasta la extraordinaria esplendidez del humanismo y la belleza.

Y este encuentro dialogado con el autor es el ejercicio imperturbable del hacer del hombre, es su práctica de hacerse humano y es el intento de su perfectibilidad y el proyecto permanente de su futuro. Junto a valores olvidados, existen nuevas fuerzas y nuevos principios que han surgido en todo el mundo cultural, que, encontradas en el libro, nos ayudan y promueven para ir en defensa de un también nuevo modelo cultural. Ignorar que esas ideas existen y que también existen autores que las defienden sería la peor ínsula y arrobamiento de incultura.

Esas voces plurales y dispersas de los hombres y del mundo se articulan en torno a una concepción unitaria del autor para que se trabajen y asimilen, para que se forje una nueva antropología y dé una más auténtica concepción de las ciencias del hombre y de su humanidad.

El mundo actual es cada vez más cercano y más propio gracias a la comunicación inmediata, al conocimiento accesible con rapidez, a la imagen que conecta instantánea su horror o su esperanza. La patria, sin dejar de ser una peña intangible de cada uno y de todos, agranda sus límites de espíritu y de pensamiento a lo ancho de la humanidad. Somos ciudadanos de ella, pero es función educativa y cultural del libro formar hombres capaces de defender esa humanidad de las amenazas de múltiples exterminios que el propio ser humano ha ido creando; conscientes de su misión de dirigir el mundo a fines superiores; de hacer renacer el espíritu del hombre en sus mejores saberes, y de darle honor, es decir, la grandeza, que nace de la sabiduría y se cultiva en la página universal del libro.

Desde que el libro comienza a nacer en trabajado pergamino, significando, a veces, la vida entera de un hombre dedicado a copiarlo, su misión ha sido conservar, primero, y divulgar luego, lo mejor del ser humano: su espíritu, pensamiento, forma de sentir y de crear, la cultura, el saber y las raíces fundadoras de la historia de los pueblos. La invención de la imprenta, de algún modo, es un equivalente tecnológico

de la transmisión de las imágenes vía satélite. Abrió un mundo cerrado a la inmediatez de la noticia. Creó la posibilidad de comunicación amplia del pensamiento. Adelantó el proceso científico. Aumentó el lenguaje escrito y, en fin, dio al hombre la maravillosa igualdad de acceso al conocimiento y al goce estético que proviene de la palabra.

Lo que fue patrimonio de los nobles de dinero llegó a ser un derecho de todos. El libro fue, entonces, patrimonio verdadero de los nobles de espíritu.

Hasta mediar el siglo xv, el libro fue obra de arte y artesano, trabajado en los monasterios, copiado e ilustrado en papel preparado largamente, con plumas perfiladas a mano, pinturas de esencia de hierbas y cortezas, y tintas laboradas en retortas vecinas a la alquimia. Quien podía pagarlo, encargaba "libros" a los monjes y los atesoraba en bibliotecas donde la obra lucía su exquisitez exclusiva como una joya más, y aún más que ella misma. Las guerras intestinas o las guerras vecinales, fronterizas y territoriales, dejaban a los señores poco tiempo para leer. En los escasos remansos de paz, las cortes se nutrían de juglares y de actores como formas culturales, de música y otras artes, raramente de la lectura de los libros conseguidos y coleccionados.

Eran, en verdad, las universidades las divulgadoras reales de los libros, sus bibliotecas eran sitios de lectura, y los sabios acudían a ellas tras la información y el saber que luego llevaban a sus cátedras, al foro, al concilio, y por necesidad de refrendar, glosar, controvertir, nacían otros textos, copiados como los primeros, siguiendo un curso lento de promoción del pensamiento escrito.

Se ensayaron varios sistemas para suplir esta lata tarea, pero ninguno alcanzaba la ansiada rapidez, cantidad y economía en la rudimentaria impresión de libros. En Valencia, hacia el 1200, se lograron algunos éxitos en la confección de papel. Y en el siglo xv, Gutemberg logra la impresión, con tipos móviles, del primer libro, la Biblia Vulgata, impresa en Maguncia en 1456.

Veinte años más tarde ya había imprentas en Roma, Milán, Florencia, Nápoles, París, Lyon, Brujas y Valencia.

Veinte años más y se descubre América. Entre espejos y baratijas, divulgados por la "leyenda negra", venían también libros, y si había un ánimo de conquista enriquecedora, también lo hubo de espíritu y cultura.

La imprenta permitió el intercambio y extensión de las ideas con una rapidez que contribuyó el surgimiento de la grandeza de los siglos de oro, y, de hecho, a todas las otras formas de comunicación de la cultura.

En 1473 se imprimió la primera partitura musical: las artes no ceñidas a la palabra recorrieron así también el mundo. Las bibliotecas dispusieron de muchos ejemplares para lectores simultáneos y la clase media letrada pudo, también, tener libros y leer, en familia, en grupos, a los niños para enseñarlos y entretenerlos, para recrear y sostener valores y abrirles el ancho mundo que, entonces, dejó de ser ajeno, porque el libro lo ponía en mano propia, como sigue haciéndolo hasta ahora.

Desde las Tablas de Moisés a Gutemberg, de Gutemberg al micro film, leer es saber y conservar la sabiduría, la historia, el arte, la ciencia. Leer es siembra y cosecha de cultura, y el libro es la semilla disponible, no sólo de cada hombre sino de todo pueblo.

En nuestra época, en nuestros días nacionales en que el libro es un obsequio generoso, anexo a un diario o revista, es difícil para nuestros jóvenes pensar en que, alguna vez, el libro fue tan valioso, que era objeto de contrabando, de transacciones internacionales, de orgullo de dinastías y, por sobre todo, que fue, en sus orígenes, ojos, pulmón y huesos del hombre que amasó el pergamino, dibujó las letras, perfiló las plumas, mezcló los colores, puso su imaginación en los márgenes del manuscrito en miniaturas maravillosas y dejó su vida en ello, trabajando de sol a sol, sin medida de hora y de meses.

Se dice, en estos tiempos de avasalladoras tecnologías, que el libro, como lo conocemos, está destinado a desaparecer para ser reemplazado por la pantalla, los teclados, el disquete que ya cautivan a los hijos del siglo y se incorporan a las escuelas con estremecedora acogida de profesores y alumnos.

Se sabe, también, que las bibliotecas reemplazan, paulatinamente, el libro por la imagen escrita de los computadores, ahorrando espacio, tiempo, eliminando la búsqueda curiosa, el hojear fértil de índices, el sabor del peso del volumen en las manos, la visión rápida de páginas que abren el abanico de palabras, palpables, "tocables", que se pueden doblar, que se pueden rayar, que se pueden llenar en pequeños papeles auto-adhesivos para volver sobre ideas o emociones que la lectura suscita. Y no me estoy refiriendo a investigación, estudio, datos, nombres, cifras. Es indudable que en éstos y otros casos, la ayuda que ofrece una veloz información es facilitadora y efectiva. Estoy hablando de literatura, de filosofía, de sentimiento y pensamiento. Porque la tecnología no se detiene y el hombre, el joven y el niño de hoy, son tecnólogos casi natos y a esa comodidad de leer en pantalla se suma la del maestro que comparte con sus alumnos la fascinación de la imagen. Hoy, la escuela sin computador no se concibe como posible y menos

aún la escuela con un solo maestro gobernable —el computador— sino con uno para cada uno y con una sola lectura para todos.

¿Eliminarán las futuras escuelas al profesor así como se está borrando el libro?

¡El libro! El irremplazable de leer lo escrito en papel, que cabe en las manos, que se lleva en un bolsillo, que espera en nuestro velador la noche siguiente para entregar la magia de pensar, el estremecimiento del poema, la idea que se duerme con nosotros y madura, gira, se renueva, se afinca en el lector y se incorpora en un “haber”, no mensurable, de ideas.

Ese libro, que en las “librerías de viejo” aún conserva un polvillo de tiempo añejado en sus hojas, o las marcas de otro lector que escribió en sus márgenes, subrayó, discutió con lápiz con el autor.

Ese libro, que en la infancia lejana era el mundo entero en las manos pequeñas, era el vuelo de ideas y fantasías, el terror a los monstruos y el encanto de los mundos antiguos de la leyenda y el mito.

Ese libro, que dio al adolescente las primeras palabras de amor y al anciano la remembranza triste de lo acabado ya.

Ese libro, con el que se dialoga o se discurre, porque, de alguna manera, nos da el envión para reflexionar y la calma íntima de la anuencia con el autor.

Los poetas de mañana, ¿editarán disquetes con su obra de dolor personal o dolor universal?

Los enamorados, ¿enviarán un disquete a la amada con el “Poema 20” de Neruda y ella lo escuchará en medio del ruido tecnológico de toda una familia computarizada?

¿Existirán conferencias como éstas en que yo leo y muchos de ustedes quisieran, de inmediato, impugnar éstas o aportar otras ideas, en que yo veo en sus ojos, en sus gestos, la recepción de estas palabras? ¿O se repartirán pequeñas cajas breves para oír o “leer” en casa? Nadie sabrá si se está de acuerdo o si se dormirá mientras corren líneas en la pantalla.

El hombre se va quedando solo. Solo en medio de las máquinas.

Todo lo dicho es discutible. A favor o en contra, pues casi todo lo humano lo es. Sin embargo, la perduración del libro pone a salvo al hombre de esa soledad fría que lo enfrenta a la lectura mecánica.

El libro se hojea, se relee de inmediato con sólo mover la vista o volver atrás una página liviana, amiga, silenciosa que permite, aún, ser leída a la luz de un quinqué en un campo solitario, sobre una roca con el mar cantando su poesía azul y blanca, en un vasto trigal —mar amarillo— donde un tronco olvidado acoge al lector y le entrega una

soledad en maravillada compañía del pensar o sentir de otro ser humano.

No desaparecerá el libro, pero lo importante es que no desaparezca el lector.

Todos tenemos, directa o indirectamente, la noción de cómo "leen" los alumnos de hoy en nuestras escuelas. No en todas, por suerte. No leen. Copian argumentos de novelas, leen digestos de obras en mínimas fotocopias, contestan con puntos y rayan las preguntas del examen, y olvidan, olvidan...

La telenovela hace tiempo que reemplazó a la novela. Los versos que leen son las letras de las canciones de moda, y entiéndase que son "letras" en su literal y estricto sentido, con sonidos, ruidos para marcar compases.

Ya ni los adolescentes con su necesaria carga emotiva —cuidadosamente ocultada— son lectores de los poetas de siempre. Y no escriben. O si lo hacen, no lo comunican.

Pero si los maestros, los padres, los colegios, la comunidad, los políticos, los gobernantes y nosotros nos mantenemos indiferentes, el libro dejará de ser el vehículo de humanidad, de ciencia y creación. Entonces, se morirá el libro y con él la transmisión de la cultura y los saberes, desde el mito de Ícaro a la nave espacial.

Hace cinco siglos, un rey de Corea hizo promulgar un decreto que declaraba que para gobernar había que propagar el conocimiento de las leyes y los libros, de modo que llenaran la razón y enderezaran el corazón de los hombres para conseguir orden y paz. En este siglo habría que declarar que en la medida en que se logre un pueblo lector se logrará una nación madura y en paz, capaz de discriminar entre las ideas, de elegir y de pensar su propio pensamiento.

Y es misión de la universidad el logro de ese sensato equilibrio que proviene del saber. No es ajeno a nuestras aulas el hecho de formar un especialista, conocedor de su disciplina a fondo, pero ignaro de la cultura, del saber general que se llama humanidades, porque concierne a todo lo humano sin que nada le sea ajeno.

La precisión tecnológica está desplazando de nuestra enseñanza superior la divagación fructífera de la filosofía, el movimiento interior de la ciencia, el conocimiento de los rasgos del hombre del mundo de hoy.

¿Cuántos de nuestros jóvenes matemáticos, ingenieros, calculistas, diseñadores, laboratoristas, leen, lo que siempre hemos llamado leer? El estudiante busca información en los libros y los revisa, fotocopia partes, resume capítulos, pero, ¿lee? Es decir, ¿medita, discute, recrea, comprue-

ba, comenta, hace suyo lo leído? Se dirá —y con razón— que el libro es caro para la mayoría de los estudiantes y profesores y, además, escaso. Es cierto. Pasaron los tiempos en que la clase universitaria se prolongaba en forma natural en la librería vecina a la Facultad o en ese mundo de apertura al mundo de todas las disciplinas de las “librerías de viejo”. Esta Casa Central y San Diego, la conferencia nutricia y la búsqueda de libros enriquecidos por las notas al margen de varios dueños y la marca de una cera de vela, testigo de estudiante provinciano en casa de pensión barata, son, quizá, también recuerdos del pasado.

Pero, a cambio, los libros que no se divulgan con facilidad o no se venden a precios accesibles están en las bibliotecas. Han estado siempre allí. Pasa, que las antiguas generaciones de grandes maestros eran viciosos de lectura y contagiaban a sus alumnos, los incitaban, los habituaban a leer y hacer del libro una fuente abrevada a diario para complementar la formación profesional y la de ser hombre inquisitivo, creador, buscador insaciable.

Eso es tarea del maestro de hoy: llevar a la cátedra la necesidad de saberla más ancha que la clase, la calificación y el examen. Hacer sentir que la matemática es una forma de lenguaje universal, que la música es arquitectura del sonido, que la novela es estructurada como un edificio intangible donde habita el ser humano. Y para eso, es necesario ser humilde científicamente y reconocer que la voz del maestro no es la única ni la última palabra, que hay miles de voces encerradas en los libros. Es necesario tener oído abierto y enseñar a oír a los jóvenes el sonido silente de la palabra escrita. Hay que reaccionar contra la pereza lectora de la mayoría de nuestros jóvenes, porque ella revela una triste visión del mundo, sin perspectivas más allá de lo programático inmediato, sin ilusiones, casi sin valores.

Esta presentación de los últimos títulos de la colección de Textos Universitarios nos da la grata ocasión de conocer lo que publica en la actualidad la Editorial Universitaria en disciplinas que, quizá, sin ser la especialidad de cada uno, son nuestra especialidad, porque atañen al hombre.

Señoras y señores:

Tal vez a la vuelta de un tiempo inconmensurable un nuevo arqueólogo del futuro encuentre este mundo, excave sus cenizas, descubra sus ruinas, suponga sus miserias y esplendores. Tal vez nuestras bibliotecas

le parezcan tan impenetrables como las estelas mayas o los símbolos del viejo Egipto. Pero, ahí estarán los libros, los libros en cualquier forma conservados, para dar fe de una humanidad que si fue capaz de anularse a sí misma o se aniquiló porque era su hora de morir, también fue creadora de un espíritu manifestado en las mil formas que recogen palabra e imagen, signo y fórmula, lenguajes del hombre, recogidas y guardadas en el libro.

Tal vez, también, sean ellos los que permitan renovar la ilusión y la aventura, los libros, esos que han sido nuestro patrimonio y, ojalá, sean nuestra herencia y nuestra esperanza de futuro.

Inicié esta charla con palabras de un viejo y apasionado biólogo y quiero terminarlas con la voz florecida e interminable de Neruda.

*Libro, cuando te cierro
abro la vida.
Nosotros
los poetas
caminantes
exploramos
el mundo,
en cada puerta
nos recibió la vida,
participamos
en la lucha terrestre.
¿Cuál fue nuestra victoria?
Un libro, (...)
Vive y cae
como todos los frutos,
no sólo tiene luz,
no sólo tiene
sombra,
se apaga,
se deshoja,
se pierde
entre las calles,
se desploma en la tierra. (...)
Libro, cuando te cierro
abro la vida.
He aprendido la vida
de la vida.*